

Posada, Emma. (1934). Caracol. *Repertorio Americano*, 28(18), 284-285.



Caracol

Caracol, cartucho donde el mar ha guardado
sus cantos. Receptor de armonías. Pergamino
a medio enrollar, donde están escritos
los arabescos de las olas. De trampolín
en trampolín de espumas ha llegado a
mis pies. Mi corazón, caracol se quedó dormido
en las playas de mi cuerpo, hoy ha soltado
sus enigmas; ha cantado como el mar...

El caracol que estaba a mis pies se fué
en un tumulto de olas... corazón, ¿Qué olas
te llevarán?

Posada, Emma. (1934). Como una sombra. *Repertorio Americano*, 28(18), 284- 285.

Como una sombra

Cuando tu vino se vuelve amargo y salobre
tu pan, te acordarás de mí; porque fui
vino en tu regocijo y agua pura y fresca en
tu cansancio y sed.

Cuando el ala negra y afelpada de la angustia,
obscorezca tu senda, te acordarás de
mí, porque mis manos ¿recuerdas? florecieron
sobre tu frente atormentada como dalias
serenas.

Llevas aún la fatiga y el polvo de mi largo
camino, las desgarraduras de mis cardos
tristes y la brisa ligera de mis noches calladas.
Bebiste en vaso de arcilla fina, los
acres zumos de mi dolor, y no puedes, no
puedes olvidar su sabor.

Porque fuí miel, y jugo negro y brisa fresca
y nube de tormenta, no me podrás olvidar.

Estaré en tu tarde apacible, hiedra sedienta,
bebiendo la alegría de tu corazón. No me
podrás olvidar. Seré una **Sombra** en todos
sus senderos.



Posada, Emma. (1934). Mi muerte. *Repertorio Americano*, 28(18), 284-285.



Mi muerte

El reloj sigue, sigue goteando minutos.
El canto agorero de la lechuza vuela sobre
las sombras. El amor es un ovillo perdido
entre los corazones mugrientos, fragmentados
de dolor. Y la paz de la muerte; la santa paz
de la muerte, la paz larga de la muerte
se va volviendo luminosa.

En las chozas de los pobres azota su mal;
como quien toma un racimo fresco de uvas
negras y sobre el río se pone a apretujarlas
y el jugo obscuro se va silencioso en la
corriente.

— Sólo una esperanza.

Sólo una luz brilla en los ojos afiebrados.

La muerte! con su santa, con su larga
paz...

El reloj sigue goteando minutos. Y por el
tapiz del dolor pasa una lenta caravana de
tristezas...

Posada, Emma. (1934). Mi pan. *Repertorio Americano*, 28(18), 284-285.



Mi pan

Mi pan de cada día lo hizo un bello dolor.
El dolor que me cuajó dos alas en el espíritu.
El dolor que trajo a mi arcilla morena
aromatizada de alma nueva, la vida clara y
rumurante del arroyo y el ansia profunda
de adentrar la belleza de los ojos al corazón.
De atesorar, de embellecer, de dar.

Mi pan es suave, con suavidad de seda.
Sustancioso porque ha sido hecho en el trigo
del dolor y deja en la lengua el matiz
de angustia que se imprime en las palabras.

Cada día es más puro y más suave. Cuando
llegue a la suprema pureza y suavidad,
yo iré por los caminos hastiados de sol,
buscando al hambriento; lo encontraré en un
recodo, con las ropas rasgadas, con las carnes
heridas, tendrá en las pupilas sed de
Dios y en la boca la Florencia de los cardos
del hambre.

Con la pureza de mi pan el peregrino sanará;
mi pan pondrá una luz en sus ojos y
una canción en sus labios. El peregrino sanará
y yo seguiré mi camino buscando el
hambre y la sed para saciarlos.

Posada, Emma. (1934). Renunciación. *Repertorio Americano*, 28(18), 284-285.



Renunciación

Llévatelo todo. Señor, nada me importa.
Que se quiebre la espiga en las manos del frío
viento de enero, que la fuente no cante, que
el rosal no florezca. Deja que vaya, así,
desposeída, deja que la ortiga queme la seda
de mis plantas y que no haya ni una estrella
en el sedero.

De mi cuerpo, toma el resedo que lo aroma.

Llévatelo todo!

Toma!

Sólo quiero ser copa larga y fina en que
tú viertas vivo aceite de consolación.

Y aunque el dolor tienda sobre mis hombros
sus alas de cuervo y rompan las lenguas
el rojo cristal de las blasfemias, me
verás como un lirio con el corazón abierto,
me verás como un lirio con el corazón en alto.

Desposeída, voy sin velos ni nardos contra
el cierzo loco y el huracán traidor, volviéndome
de tal manera suave y aromosa que,
cuando humedezcas mis labios con el silencio
largo, entonces, ya sólo seré un gajo de
rosas a los pies de la **Muerte**.

Posada, Emma. (1934). Rincón del barrio. *Repertorio Americano*, 28(18), 284-285.



Rincón de barrio

Pocilgas; nidos de hambre, sed y frío. El pan negro y duro temblando en la mano mugrienta; el hambre a flor de ojos...

Harapos, hedor, blasfemias agrias, melenas ariscas sobre frentes marchitas.

Chiquillos que juegan con las penas; el cuerpo enfermo, la mirada huraña. Madres con el hierro lacerante del dolor en las carnes y la oración sin fe entre los labios. Hombres aguardentosos, brutales, el alma emponzoñada con sarna de perro.

Entra la noche en el barrio con luces tibias y la música de un viejo organillo.

El dolor se ha hecho saeta en el espíritu. Hombre, sed y frío. Huimos. Los ecos de ese abismo de miseria remedan los pasos de las cabalgaduras jineteadas por el hambre, la peste y la muerte.

Y, aun de lejos, nos llegan gritos de los miserables. ¡Oh, los miserables!

Posada, Emma. (1934). Señor. Repertorio Americano, 28(18), 284- 285.



Señor!

Señor, hazme la lengua ágil y la palabra
blonda; la mirada fina a manera de que entre
por todo hueco de alma, y la mano, Señor,
sedeña, y aliviadora como gardenia de paz.

No quiero espíritu como ánfora de porcelana
bohemia, ni como vaso de arcilla de
Grecia; me basta, Señor, con una humilde
cántara de barro oscuro aromada de sol.

El ánfora, Señor, es para las pedrerías. El
vaso de Grecia para sangre de uvas. Barros
ásperos para agua de montaña! Agua, el
verso más claro en las entrañas de la tierra...

Para mi hambre, Señor, trigo de la espiga
más amiga del viento, miel gozosa y dorada,
fruto de jugo y pelusa.

Para mi cansancio, Señor, la sombra del
árbol recio y el frescor de la brisa.

Para amarte, Señor, para amarte todo me
lo haz dado. Para amarte, me basta con el
corazón.

Posada, Emma. (1934). Tu hora. *Repertorio Americano*, 28(18), 284-285.



Tu hora

Si la ingratitud del amigo fué garra que rompió tu carne buena y suave hecha para amarlo; si la estrella se apaga cuando quieres cuajar su luz en tus pupilas, hechas para mirarla; si el arroyo se consume cuando sedienta iba tu lengua a saciarse en su agua; si la flor se deshoja y la brisa se arisca y la nube se esfuma, no es “tu hora”.

Todo eso es tuyo; pero no es tiempo de que abras tu espíritu y ensanches tu corazón para tomarlo...

Por eso, porque no esperaste a que fuera oro el fruto del húmedo ramaje, por eso no encontraste en él la miel que tus labios pedían.

Siempre te adelantas o tardas mucho. Por eso, el amigo te fué infiel, la estrella, el arroyo, la flor, la brisa y la nube. Espera; de nuevo la estrella se iluminará; el arroyo surgirá retozón. Todo será tuyo. Espera “tu hora”.